

— Absolutamente.

— Pasemos á lo moral.

— Excelente. Nunca ha hecho hablar de ella, y dicen que ama á su esposo.

— Es inverosímil. Su marquesa de Vd. es harto completa. Debe tener algunos vicios ocultos. Confíemelos. Tengo pasión por los vicios de los otros.

— ¿Y los suyos?

— A las gentes vuelven locos. Veamos los de la marquesa.

— No le conozco vicios, sólo defectos.

— Diga, diga. Siempre es así.

— Es algo amanerada, algo escrupulosa; por lo claro, algo... gazmoña.

— ¡Ya, ya, ya!

— ¿Qué le pasa? Diríase que esto le causa gozo. Le brillan á Vd. los ojos, sus narices se ensanchan.

— Posible es. Su última calificación ha despertado en mí cierta idea... ¡Ah! ¡La marquesa es gazmoña! ¿Qué entiende usted estrictamente por eso?

— Quiero decir que se espanta con facilidad: cualquier palabra aparentemente atrevida la ofende, un nada basta para ofuscar

su mirada. Su cutis es igualmente sensible, su tacto por demás delicado: cuando va de viaje, lleva sábanas propias consigo, para no acostarse en las de las fondas.

— ¿Teme que no las hayan mudado?

— No; pero no basta el lavado. La idea sola de que puedan haber servido á otros que á ella, le causa sofocación.

— Le hacen falta cosas nuevas, y esto no es siempre fácil de encontrar. ¿Por ventura, cuando se casó, era su marido... nuevo?

— ¡Oh! No, seguramente. Pero era ella harto reservada, harto pura, para que semejante idea pudiera inquietarle.

— ¿Y ese marido es joven?

— Treinta y cinco años.

— ¿Buen mozo?

— No muy malo.

— ¿Y la ama él?

— ¿Cómo no amarla? ¡Es tan rubia!

— ¿Cómo tan rubia? ¿Es que no la amaría si fuese morena?

— No se habría casado con ella. Pretende que las morenas no son mujeres, y que hay tres sexos: el hombre, la mujer y la morena.

— ¡No es mala idea!

— ¡Oh! No, la ocurrencia no es suya quizá.

— De todos modos, él piensa así, y yo podría caerle en gracia, á menos que el matiz de mi cabello...

— Todos los matices del rubio son buenos para él. Se volvería loco si la viera á usted.

— Gracias. ¿Es rico?

— Fortuna inmensa, de origen italiano.

— ¿Y él la gasta?

— Sin tasa, sobre todo cuando se trata de comprar objetos de arte, muebles antiguos; tiene la manía de formar colecciones.

— Otra circunstancia en su favor. ¿La rubia marquesa participa de sus aficiones?

— Es casi más aficionada que él.

— No me explico esa afición en una persona tan gazmoña, tan delicada de ojos y epidermis. ¿Cómo, pues, puede reposarse su mirada con placer en muebles viejos, que han pertenecido por lo general á impuros de ambos sexos? ¿Cómo se atreve á tocar unos objetos que en otro tiempo fueron profanados?

— Ella cree que no lo fueron; antes de

comprarlos, se ocupa de averiguar su origen. No compraría el lecho de la Dubarry, aun cuando fuese el más hermoso del mundo, pero en cambio haría extravagancias por adquirir uno que hubiese pertenecido á María Antonieta.

— O á María Leczinska.

— Con mayor razón; esa ni aun siquiera fué nunca calumniada.

— ¿Y dónde podría verse á esa aficionada á antigüedades tan púdica?

— En los alrededores del lago, los días de sol; en la ópera el viernes.

— Gracias, amigo; es todo lo que deseaba saber.

— No me dice usted el uso que quiere hacer de mis informes.

— Me sería imposible, yo misma no lo sé.

Ella lo sabía muy bien. Hacía algunos minutos que había arreglado su plan, y ya le sonreía la idea de que el lecho de María Leczinska pudiera muy bien un día ser propiedad suya.

IV

El siguiente viernes en la Ópera, desde su butaca de anfiteatro dirigía sus gemelos hacia la marquesa de X..., cuyo palco le habían indicado.

Parecióle más bella y graciosa que el retrato que el maestro le había trazado; admiróle sobre todo su distinción exquisita, sus maneras, porte de cabeza, gran aire, que le sentaba maravillosamente. Luégo, llevada por los acordés de la música, quedándose embelesada como sensible artista, dejó volar su fantasía para desmenuzar, para desnudar aquella linda dama, y colocarla en el gran catre de Luis XV, bajo el espejo orlado de molduras y el dosel azul floreado de amorcillos. En él debía ostentar gran figura, y esta persuasión hizole á Clarisa considerar el lecho aun más precioso, aun más apetecible. Los recuerdos que dejó la reina de Francia eran, en efecto, muy lejanos: había sido menester mucha fuerza de imaginación para hacerlos revivir. Mas, hoy día, renacían por sí mismos; fugitivos

como eran, ahora tomaban forma, adquirían cuerpo. Y María Leczinska continuaba existiendo, pero bajo los rasgos hechiceros, bajo el exterior de la bella marquesa, á la vez ideal y carnal.

A cualquier precio era menester conseguir aquel lecho histórico, cuya historia acababa de rejuvenecerse.

Fiel al plan concebido, después de haber estudiado á la esposa, quiso conocer al marido. Era cosa fácil: por medio de uno de sus amigos hizole inspirar el deseo de visitar su palacio y ciertos muebles del Renacimiento, que ella acababa de comprar. Era una simple visita de coleccionista á coleccionista, una cita de aficionados. El marqués acudió á ella, sin imaginar peligro alguno; pero, mientras examinaba con sus lentes el palacio y sus curiosidades, no pudo menos de parecerle la persona que se las mostraba, muy original y muy seductora con su rubia cabellera, radiante, abrasada, como los dorados rayos de un sol en el ocaso, matiz que él andaba buscando, sin poderle encontrar, y que prefería con mucho al calor ceniciento.

Hizo otras visitas, siempre en calidad de aficionado, pero aficionado más convencido, más serio, que, después de haber examinado y juzgado, quisiera comprar. Ella le dejó hacer sus ofertas, y después, mirándole como ella sabe mirar, cuando quiere enardecer á un hombre, le declaró que en su museo nada había de venta, que era preciso contentarse con admirar, sin tocar siquiera á un cabello.

Tanta severidad de parte de una coleccionista, cuya colección era ya tan variada, y que aumentaba, según se decía, todos los días, asombró al marqués, le irritó, é inflamó hasta el punto de obligarle á multiplicar sus visitas, con la esperanza que acabaría por enternecerla y cederle alguna cosa.

Llegó el estío, sin que nada hubiese sido cedido, y como el marqués se sintiese picado en ese juego, dejó partir sola á su mujer á las aguas de Vichy; adonde, hasta entonces, la había siempre acompañado.

Ese era el momento que Clarisa esperaba. Cierta noche, le dijo: — «Usted conoce mis cuadros, amigo marqués, mis muebles; to-

das mis curiosidades, y yo no conozco nada suyo. ¿No se podría penetrar en su santuario durante la ausencia de la marquesa? Si yo fuera lo que usted querría que yo fuese, claro, su querida, ciertamente, no me atrevería á hacerle semejante petición, y usted tendría derecho para rechazarla; pero yo no soy para usted sino una amiga, una artista, una paseante de museos, y nada impide que yo visite el suyo, en secreto, un día reservado.»

Una solicitud tan mañosamente presentada, no podía menos de ser bien acogida, y se acordó día para celebrar esa pequeña fiesta artística.

Era ya pasado medio día aquel en que Clarisa entró discretamente en el domicilio del marqués. Nadie la echó de ver; la mayor parte de los criados se hallaban con su señora en Vichy, y á los otros se les había alejado prudentemente.

Del brazo de su introductor, más coqueta que nunca, recorrió los salones del piso bajo, admirando los muebles antiguos, los cuadros, muy expansiva en su admiración, entusiasmándose, y estrechándose contra el

marqués, que se entusiasmaba por su lado.

Recorrido el piso bajo, atacada de la fiebre de conocerlo todo, quiso visitar el piso principal, los aposentos íntimos, y, hasta sin consultar al dueño, precediéndole á veces, se abalanzó á la escalera, abrió primero una puerta, después otra, y entró. El marqués trató de detenerla; pero era ya tarde: ella se estaba extasiando, pasmado á placer, ante un magnífico lecho, de estilo Luis XV. Y en alta voz exclamaba:

— ¡Qué bello! ¡Qué cosa tan bella! ¡Qué estilo! ¡Qué bien coordinado está todo! ¡Cómo resaltan esos brónces! Y esos pies de ciervo, ¡qué gracia! ¡Y esa luna con orla! ¡Y ese dosel! ¿De dónde viene este hermoso mueble?

— Le compré este invierno en casa de Recapé.

— ¡Ah! ¡Si quisiera usted cedérmele!

— Imposible, mi mujer está loca por él.

— Lo comprendo. ¡Es admirable!

Y así hablando, habíale cogido las manos al marqués, y le arrastraba hacia el lecho para que él le admirase con ella, en detalle, bajo todas sus fases.

Declinaba el sol; aquella gran vivienda estaba silenciosa, Clarisa más seductora que nunca, y desde hacía largo tiempo, el pobre marqués había perdido la cabeza.

V

Pasa una semana. La marquesa llega de Vichy; era ya de noche. Había pasado todo el día en ferrocarril, y muerta de fatiga, se apresura á entrar en su lecho, preparado antes de su partida, y que su camarera, que vuelve con ella, se limita únicamente á desdoblar. Acostada apenas, se queda dormida.

Al despertar, al siguiente día, á eso de las diez, tira de la campanilla, hace descorrer las cortinas, y todavía algo soñolienta, entumida, se despereza en su gran lecho, feliz de volverse á hallar en él, después de larga ausencia.

¡Qué diferencia con esas camas de posada, vulgares, donde tantos cuerpos han dejado su huella, donde los cojines de muelles, estropeados por el largo uso, rechinan,

dan chillidos de dolor al menor movimiento! ¡Qué bien se encuentra ella ahora! ¡Qué bien se siente en su casa, bajo aquel vasto dosel, aquel cielo azul salpicado de Cupidillos, que sólo una reina ha contemplado!

¡Y cuánta razón ha tenido ella también para comprar aquel mueble! Cuando piensa que por poco habría sido propiedad de una cortesana; una de esas mujeres cuyo contacto, sólo con rozarla, alteraría todo su sér.

Sí, Recapé le había dicho: «La señora marquesa hace bien de decidirse, porque a señorita Clarisa tiene grandes ganas de ese lecho y podría llevarsele.»

¡Clarisa! Cierta día, por extravío involuntario, se había hecho conversación de esa criatura, en su presencia. Según parece, es una rubia ficticia, más bien rojiza que rubia, bastante bonita, de belleza infantil, de agudeza é ingenio, como lo son las mujeres que se atreven á decirlo ó hacerlo todo. Dicen que es artista. ¡Qué tontería! Artista en amor, quizá.

¡Y pensar que, por poco más, semejante criatura se habría acostado en el lecho de María Leczinska! ¡Qué profanación!

Y así discurrendo, se estira, se vuelve, se revuelve, con tenues suspiros de bienestar, extiende brazos y piernas, pasa de un sitio caliente al inmediato más fresco que pronto se entibia con el ardor de su cuerpo, y hunde su rostro en la almohada, mientras sus largos cabellos, desatados, sueltos, forman una celcha dorada sobre la blanca sábana.

Poco á poco, van abriéndose sus ojos enteramente, su pensamiento adquiere nueva actividad y medita que su marido tarda en ir á abrazarla. Ya la víspera, á su llegada, le pareció que la había recibido con alguna frialdad; era sin duda una frialdad delicada, pues viéndola cansada, por discreción, la dejó dormir. Dan las once; hora es de que esté levantado; ¿no piensa acaso en ir á darle los buenos días?

No, no se presenta. ¿Estaría durmiendo todavía, á pesar de aquel hermoso sol que entra por la ventana, y cuyos rayos juegan en aquel momento sobre una de las almohadas, la segunda, la almohada marital? Ambos esposos hacen cama aparte, pero en el lecho de la marquesa hay dos almohadas

para las noches de efusión conyugal, cuando el corazón late con tal fuerza, que no es posible separarse.

¡Ah! ¡qué hermoso rayo de sol! ¡Cómo ilumina la blanca almohada, guarnecida de encaje!

¡Eh! ¿Qué es esa larga raya que le atraviesa? Parece como una hebra de seda.

Y escúrrase ella entre las sábanas para mirar de más cerca.

La hebra de seda es un cabello, un largo cabello de mujer.

¿Habría ella cambiado de almohada en medio de la noche, y empieza ya á caerle el cabello?

Acércase más todavía. Pero no es del mismo matiz que el suyo. Aquel cabello es de un color más subido, mucho más acentuado. No es rubio; es casi rojo. ¿Qué significa, pues?

¿Habría otros quizá, una colección de cabellos?

Levanta bruscamente la almohada.

Y un pañuelo se le aparece.

Lo examina.

¡No es de ella! No son sus puntillas de

encaje. No ve su escudo nobiliario. Sólo distingue una marca, y esa marca es una C... ¡Una C.! ¿Qué quiere decir todo esto?

De repente, un estremecimiento glacial recorre todo su cuerpo, una sospecha terrible la asalta. Es preciso saber, informarse. Para levantarse, se arroja del lado del lecho desocupado hasta entonces, frío enteramente. Pero, al penetrar en aquel lugar inexplorado, se siente picada en la rodilla.

Echa precipitadamente abajo la ropa de la cama, mira, y encuentra sobre la blanca sábana ¡una horquilla!!!

¿Qué hace allí aquella horquilla? ¿Quién la ha puesto allí? Nunca se acuesta ella con horquillas ni alfileres en el pelo. Por la noche desata todas sus trenzas, les pasa un cepillito, las deja sueltas en toda libertad.

Pero, allá en el fondo, enteramente abajo, en el mismo lado, al pie de la cama, de donde la ropa ha sido apartada del todo, cree distinguir un papel, un trozo de cartulina.

Se apodera de aquel nuevo hallazgo.

Es una tarjeta con su punta doblada, en la cual se lee un nombre, uno solo: «CLARISA.»

Llama furiosa, hace venir á su marido, le presenta uno después de otro, cogidos con unas pinzas, el cabello, el pañuelo, el alfiler y la tarjeta.

Ante estas pruebas de convicción, él se turba, balbucea.

Ella sabe ya á qué atenerse.

Al día siguiente, de orden suya, se pone á la venta el lecho de María Leczinska, y Clarisa se apresuraba á comprarle. Su plan había tenido el éxito apetecido.

FIN.

INDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| LAS FUGITIVAS DE VIENA..... | 5 |
| Las dos morenas..... | 11 |
| Los clavos de teatro..... | 29 |
| Ernesto Baroche. — Su duelo con Rochefort. — Su muerte en Burget..... | 39 |
| Adelina Patti. — Predicciones. — Trajes..... | 53 |
| Anécdotas sobre la Academia Francesa..... | 59 |
| Incendio de Viena..... | 75 |
| El día de año nuevo..... | 83 |
| La boda ficticia..... | 92 |
| Duelos para reir..... | 101 |
| Un manojo de azucenas..... | 126 |
| Las dos duquesas..... | 145 |
| Después de la carta..... | 155 |
| Las comidas de convite. — Thiers y el bacalao guisado. — El té de Balzac..... | 174 |
| La bodega..... | 190 |
| La Ruleta..... | 205 |
| Los círculos de París..... | 221 |
| El lecho..... | 241 |